

II. ENTREVISTAS

I

¿Aleister Crowley fue asesinado?

Un nuevo aspecto del caso de la «Boca do Inferno»

Debe permanecer todavía en la mente de todos, porque fue largamente tratado en el «Diario de Noticias», y todavía más extensamente, con un amplio reportaje fotográfico, en el «Noticias Ilustrado», el extraño caso de la desaparición en Portugal de Aleister Crowley, el poeta, ocultista y «hombre misterioso» inglés, que se eclipsó por completo, dejando en la Boca do Inferno, donde fue encontrada, el 25 de septiembre, una carta escrita en un lenguaje enigmático y de la cual parecía deducirse un suicidio.

Más tarde surgió, no entre el gran público, sino en los medios restringidos de los cafés, la posibilidad de que fuese una broma, cuyo fundamento parece haber sido únicamente la circunstancia insuficiente de que quien encontró la carta es un periodista y amigo personal de Fernando Pessoa, que fue la persona que estuvo más tiempo con Crowley aquí en Portugal. Si el suicidio no fue nunca probado con seguridad (sólo la aparición del cadáver, como pensó nuestra Policía, podría probarlo), tampoco nadie puede probar que fuese una broma. Y el caso, realmente, quedó por resolver.

Empiezan ahora a saberse más cosas, o a constatarlas, procedentes de fuera de Portugal, y el caso, que parecía en principio no tener otra explicación sino la del suicidio o la broma, tiende a asumir aspectos notablemente más siniestros.

Hace tiempo ya que se sabe, por ejemplo, que, tras conocerse en el extranjero la desaparición de Crowley, un agente de la policía inglesa apareció en la redacción de la revista «Déetective», de París, para comprar un ejemplar del número de mayo de 1929, donde viene un extenso artículo sobre Crowley y sobre su actividad como espía (nunca se supo bien a favor de quién) durante la primera guerra mundial.

Lo cierto es que Déetective, nada más saber que estaba en París el señor Ferreira Gomes, quien encontró la carta en la Boca do Inferno, se apresuró a entrevistarle, dedicando una buena parte de su número del 30 de octubre a un extenso relato de lo ocurrido.

Ahora se ha sabido en Lisboa, sin duda a través de una de esas confidencias que siguen, como sombras, el paso de cualquier secreto, que la policía inglesa había llegado a la conclusión de que Crowley fue asesinado.

Ahora bien, nosotros sabíamos que el señor Fernando Pessoa había estado en constante contacto con Crowley durante su estancia en Portugal, y sabíamos también —por habérselo oído contar— que estaba relacionado con entidades extranjeras, amigos y conocidos de Crowley, que se habían dirigido a él después de que la desaparición fuese registrada por los periódicos de fuera. Llegamos a la conclusión, por tanto, que si alguien sabía alguna cosa del asunto, sería el antiguo director de «Orpheu». Y, sin miedo a las bromas, a él nos dirigimos:

Publicado en *Girasol*, Lisboa, el 16 de diciembre de 1930. El artículo aparece sin firmar.

—No —nos dice Fernando Pessoa—, no existe lo que usted llama «noticias» de Crowley. Tanto su secretario, que está en Inglaterra, como un íntimo amigo suyo, que está en Alemania, continúan mostrándose, cuando me escriben, desorientados con el caso. Parecen, en verdad, no estar absolutamente convencidos del suicidio, pero también parecen ignorar de qué es de lo que deben estar convencidos. De lo que no tengo dudas, por el tono de sus cartas, es de que, si Crowley está vivo en algún lugar, tanto uno como otro (y son sus más íntimos), ignoran por completo su paradero.

—Y usted, ¿qué piensa?

—No pienso que es lo más cómodo. Al principio, al verificar la absoluta autenticidad de la carta y el enigma de su fecha y firma (Sol en Libra y Tu Li Yu, respectivamente), creí sin vacilar en el suicidio; lo dije claramente, porque lo creía, en la investigación criminal. Hoy reconozco fisuras lógicas en el argumento a través del cual llegué a esa conclusión. La fecha astrológica, probando que la carta fue escrita después de las 6 de la tarde del día 23 de septiembre, no prueba, en verdad, que Crowley se hubiese suicidado; y el hecho, que me pareció fatal, de que Crowley firmase con el nombre chino, del cual él me dijo en cierta ocasión que era «una de sus encarnaciones anteriores», no prueba nada, pues él pudo perfectamente haberme mentado, con un propósito premeditado y conociendo las conclusiones que yo extraería, al proporcionarme, en medio de una conversación, la información sobre su lejano pasado.

—¿Entonces...?

—Entonces, nada. También me cuesta, no sé por qué, creer que es una broma. Estoy seguro de dos cosas. La primera es de que vi realmente a Crowley el día 24 de septiembre, cuando la Policía Internacional dice que él ya había cruzado la frontera. La segunda es que Crowley, no sé con qué fin, me ocultó el regreso de miss Jaeger, el 19 de septiembre. Sólo a través de la policía y de determinadas entidades extranjeras supe que él no sólo no ignoraba su paradero, sino que hasta había ido con ella al consulado, donde ella fue en busca de auxilio para su viaje de regreso a Alemania.

—¿Y ella está en Alemania?

—Sí. Ella nunca creó un misterio alrededor de su partida. Dejó aquí, en Cook y en otros sitios, su dirección en Alemania para que le remitiesen allí cualquier carta que llegase para ella. Y ya me ha escrito dos veces desde allí. Tampoco parece saber lo que se ha hecho de Crowley, a quien, además, califica de «bandido» en una de las cartas.

—¡Es verdad! ¿Qué es lo que se sabe de la policía inglesa?, y rápidamente le indicamos los rumores que corrían sobre las trágicas conclusiones de la investigación de esta policía.

Fernando Pessoa duda un instante, pero después dice:

—Mire, esto, tan claramente expuesto, no lo sabía, pero tampoco me sorprende. Sé con absoluta seguridad que estuvieron aquí dos agentes investigadores ingleses tratando del caso de Crowley. El día 29 de septiembre apareció aquí, en este escritorio, uno de ellos; vino con un disfraz verbal transparente, tanto que no sólo yo, sino también un amigo mío inglés, que estaba conmigo por casualidad, inmediatamente desconfiamos del «profesor de lenguas» que se nos había aparecido. Más tarde supe, de buena fuente, que éste no era un policía oficial, sino un investigador particular que estaba aquí tratando otro asunto y recibió instrucciones especiales para tratar del que nos ocupa. Esto explica su inmediata

aparición tras las noticias de los diarios. Y también supe después, por un lapso verbal de un amigo mío inglés, y en este caso informador involuntario, que más tarde vino otro individuo —éste, sin duda, oficial— para investigar el mismo asunto.

—¿Y usted sabe algo sobre las conclusiones a las que llegaron estos investigadores?

—De oficial, nada; ni tengo, salvo por deducción, la seguridad de su existencia, que además relaciono con la historia del otro agente oficial que visitó Détective en París. Del «profesor de lenguas» no sólo tengo la seguridad visual y lógica, sino que conseguí saber, mediante un favor especial, tres resultados de sus investigaciones.

Sé que él logró «llevar su investigación a buen fin», o que, por lo menos, se supone que lo hizo; sé que ni admite la posibilidad del suicidio, ni la de la broma; y sé que, desde el primer día de la investigación, me «suprimió del caso», con el fundamento, que me deja perplejo, de que entre Crowley y los diarios existía un elemento de unión «mucho más íntimo y valioso que yo».

—Pero algo que no es un suicidio ni una broma, ¿qué puede ser sino un asesinato?

—Eso es, efectivamente, lo que ocurre; y por ello le he dicho que, aunque sea la primera vez que los oigo, los rumores fatales que usted me contó no me sorprenden. Puedo admitir que quisiesen matar a Crowley, pero lo admitiría con más facilidad si pudiese comprender que un individuo antes de ser asesinado se entretuviese en escribir una carta (inegablemente auténtica), diciendo que se suicidaba. Es ser demasiado buena víctima...

De repente, Fernando Pessoa sonríe, saca la cartera y extrae de ella un recorte de periódico.

—Mire, ya que habla de asesinato, voy a leerle un curioso documento. Es un recorte del diario inglés Oxford Mail, del 15 de octubre: hay que señalar que Crowley era muy conocido y admirado en Oxford, aunque su universidad sea Cambridge. El título del artículo es «Aleister Crowley, asesinado», «Revelaciones espiritistas a un médium de Londres», «Empujado del acantilado hacia abajo». Es un telegrama, o una llamada telefónica de Londres, del corresponsal del diario. Es del mismo día, y dice así: «en una habitación pequeña y mal iluminada de Bloomsbury, la pasada noche, el señor A. V. Peters, médium londinense, entró en trance con el fin de obtener algunas indicaciones sobre el paradero del señor Aleister Crowley, escritor y mago. Del señor Crowley, cuya proyectada conferencia sobre «Un mago medieval» fue prohibida en Oxford, en febrero, no ha habido noticias desde que una carta suya fuese encontrada en el acantilado llamado «Boca do Inferno», a 23 millas de Lisboa, hace quince días. El señor Peters declaró que, durante el trance, le había sido indicado que el señor Crowley estaba muerto, y que «había sido empujado desde el acantilado hacia abajo por un agente de la Iglesia Católica Romana». «Los católicos ya anteriormente habían atentado contra la vida del señor Crowley», dijo el señor Peters, «y él esperaba ser atacado». Describió el lugar como «redondo, como el cráter de un volcán», y el señor Peters añadió que «era en las montañas, junto al agua». Gran parte de la sesión fue ocupada en obtener detalles personales del aspecto, ocupaciones y salud del señor Crowley, con fines de verificación.

—¿Y qué se concluye de todo esto?, preguntamos.

—Que yo sepa, nada. Personalmente no tengo nada en contra ni a favor de las visiones de este tipo. Pero es curioso, ¿no?, después de los rumores que me comunicó y de las conclusiones a las que nadie llegó.

La revista «Athena», y lo que nos contó Fernando Pessoa

Lanzar una revista de arte en un medio tan mezquino como el nuestro, donde casi todas las tentativas literarias y artísticas perecen por falta de ayuda del público, es digno de admiración por lo que tiene de valiente.

Fernando Pessoa, artista original e interesante que pronto se distinguió entre la multitud de escritores de su generación, acaba de lanzar, con Ruy Vaz, otro artista de valor, una nueva revista de arte. Quisimos oírle hablar sobre su interesante iniciativa:

—¿A qué ha venido «Athena»?

—Para proporcionar al público portugués, tanto como sea posible, una revista puramente de arte, o sea, ni de ocasión e inicio, como «Orpheu», ni casi de pura decoración, como la admirable «Contemporânea».

—¿Pero, en qué consiste una revista «puramente de arte»?

—Hay tres públicos —uno que ve, otro que lee, otro que no existe. El primero está compuesto por la mayoría, el segundo por la minoría, el tercero por individuos. El primero quiere ver, el segundo quiere conocer, el tercero quiere comprender. Una revista «puramente de arte» está hecha para el público que «comprende» el arte, y, al mismo tiempo, para que los públicos que no lo comprenden, comprendan, uno que el arte se ha de comprender, el otro que el arte puede ser comprendido, dado que hay quien lo comprenda.

—¿Y, eso, cómo se hace?

—Haciéndose. Se excluye, primero, el criterio de la homogeneidad (escuela o corriente); de esta forma se acentúa y se enseña que el arte es esencialmente multiforme, que es una de las primeras cosas que ha de aprender mucha gente que ya lo sabe. En las estampas de la primera «Athena» habrá reproducciones de obras de un clásico, de un romántico, de un contemporáneo. En la parte literaria se busca la misma diversidad, como se ve y verá. Después...

—¿Después?

—Se excluye el criterio de fragmentación (muestras y retazos): no se publican ni trozos estéticamente comprensibles sólo como fragmentarios —o sea, incomprensibles— ni pocas producciones de un autor para cuya comprensión sean preciso muchas. En obediencia a este criterio la primera «Athena» incluye nada menos que once reproducciones de cuadros del Vizconde de Menezes, y nada menos que el primer libro, entero, de las Odas, de Ricardo Reis. Finalmente...

—¿Finalmente?

—Se excluye el criterio de no dar ninguna novedad. En igualdad estética preferimos el autor desconocido al conocido, el oscuro al que tuvo publicidad, los nuevos a los viejos aspectos de su obra. Intentaremos poder, en todos los números, aliar a la novedad de la obra la revelación del artista.

—La separación «tranchée» entre la parte literaria y la artística, ¿obedece a algún criterio especial?

—Obedece a un criterio especial, que es el general. Las revistas para ser leídas, o